por estar resfriada; pero te conoce á fondo. La chica lo reune todo : ingenio, carácter, atractivo; no digo que sea una belleza, pero ¡qué talle y qué ojos! Cien mil francos de renta hoy día, suyos, que le dejó su tío Prosny. Más tarde, otros trescientos mil. Y qué cuadro genealógico! vale tanto como el nuestro. Uno de esos magnificos árboles, semejantes á una hermosa acción continuada durante setecientos años: todos los segundones, oficiales, obispos, caballeros de Malta; todas las hembras no casadas, religiosas, abadesas ó prioras; veinte del mismo apellido muertos en acciones de guerra. Te haré observar que no te he molestado mucho con proposiciones matrimoniales; ¡tu querida madre sí que habría sabido buscarte esposa! Yo, esperaba únicamente á que me hablaras del asunto; pero vas á cumplir treinta años y yo ya tengo sesenta y cinco. Tus tres hermanos han fallecido; sólo tú me quedas para continuar nuestra casa; me gustaría no morirme sin haber enseñado á montar á un Geofredo IX de Claviers-Grandchamp. Tú eres Landrí X; es preciso que los Geofredos alcancen á los Landrís. Esto es lo que yo tenía que decirte. ¿ Qué me contestas tú?

— Le contesto, padre, que yo mismo había venido hoy á Grandchamp con intención de hablarle á usted de un proyecto de matrimonio... distinto de ése.

— ¿Con alguien á quien yo conozco?

 No, padre; con una joven de veintisiete años, viuda de uno de mis compañeros de regimiento, la cual tiene un hijo, y no tiene fortuna, ó poco menos... Estamos algo lejos de la dote de la señorita de Charlus. Pero la amo con pasión, y desde hace más de tres años.

- Otro capítulo de novela, dijo el marqués, sin perder todavía su buen humor. No me disgusta eso. He de decirte que me tenías preocupado; nunca me hablabas de ninguna joven, lo cual me hacía pensar en relaciones íntimas de mal género. Pero tienes un amor: eso es otra cosa. Me gusta que la gente ame, que ame mucho, largo tiempo, fielmente... Ausencia de fortuna... - y repitió : Ausencia de fortuna... Mi pobre amigo, quisiera poder decirte: No te cuides de eso. - Una nube había empañado su fisonomía, tan transparente como el cielo azul de aquel final de tarde, desplegado sobre su querida selva, dorada por el otoño. - No es éste el momento de hablarte de una cuestión de la que ha tiempo deseo hablarte. Tenemos muchas cargas. Si las tierras dieran lo que solían dar, saldriamos más fácilmente de ápuro, y, acaso también, si yo hubiera administrado mejor nuestros intereses. Piensa en que ya van dos generaciones por las cuales ha pasado ese monstruoso Código Civil, con sus repartos obligados, que desmigajan á Francia. De los millones que tu tatarabuela nos salvó durante la Revolución, no emigrando y pidiendo su supuesto divorcio, ¿ qué es lo que ha llegado á mí?; Trescientos mil francos de renta, con todas las cargas de antaño!... Te repito que no es el momento de hablar de eso... ¿ Desde hace

tres años? dijo, al cabo de un silencio. ¿ Quién es? ¿ Cómo se llama?

- Señora viuda de Olier.
- ¡Ah! ¿y su apellido de familia?
- Barral.
- ¿Olier?... ¿Barral?... Resulta que no es una persona de tu clase... vaya, amigo mío, contéstame francamente. Soy tu padre, el jefe de la familia; tienes el deber de ser franco. ¿Eres su amante? ¿Tienes que reparar alguna falta? ¿Es tuyo ese niño?

— No, padre, se lo aseguro por mi honor. Dos veces, en mi vida, le he dicho que la amaba... La primera, en vida de su marido. No me permitió que subiera más á su casa, sino cuando, al cabo de tiempo, le hube prometido que jamás volvería á tener semejante lenguaje con ella. Y la segunda vez, hoy. Ese ha sido el motivo de mi retraso...

El señor de Claviers había escuchado esta confidencia con las ce as fruncidas y con la boca apretada. Sus ojos azules tomaban aquel tinte azul que harto conocia su hijo; anunciaba, en aquella fisiología violenta, la sacudida de emociones profundas. Hubo entre los dos hombres un nuevo silencio que coincidió con la detención del automóvil ante la casa de los Mauchaussée, un lindo edificio que el castellano de Grandchamp abandonaba gratuitamente á su antiguo servidor. Los visillos de las ventanas y la lengua de humo que salía de lo alto de la chimenea atestiguaban el bienestar de que gozaban aquellos vasallos de su caridad. No

obstante, más cara de justiciero que de limosnero tenía el marqués al bajar del automóvil, sin decirle nada á su hijo, el cual no le siguió. Los diez minutos que pasó su padre en aquella casita pareciéronle larguísimos á Landrí. Sentía, no obstante, aliviado su corazón : quedaba efectuada la primera parte de su confesión, la que le parecía más difícil de formular. ¿Tendría valor para hacer la segunda, y descargar otro golpe sobre aquel hombre, al que de nuevo había sentido tan apasionado, tan tierno, tan impetuoso? ¿De qué modo estallaría la furia que acababa de invadir aquella frente tan poderosa? Otros puntos de interrogación surgían en su espíritu: ¿por qué el marqués, al que tanto repugnaban los asuntos de dinero, había hablado con tantos detalles de la fortuna de los Charlus, y de la suya propia con tanta reserva recargada de reticencias? Landrí era harto desinteresado para pensar en su porvenir y en las posibles diminuciones de su hijuela. Sabía que su padre era muy rico, y nunca manifestó extrañeza ante gastos que, hasta la fecha, su padre había soportado sin queja. Ni siquiera le había pedido él, Landrí, su propia fortuna, después de la entrega de las cuentas de tutela. El marqués le servía una pensión que representaba la renta del millón y medio de francos heredados de su madre. ¿Significaba aquella enigmática queja que el gran señor se vería obligado, al final de su vida, á reducir un tren de casa que le era tan necesario como el respirar y el moverse? Al mismo tiempo que le daba vueltas á esta cuestión, pero sin ahondar en ella,

el joven pensaba en el negociador del matrimonio de Charlus.

- ¿ Qué idea ha tenido Jaubourg de meterse una vez más en mis asuntos personales? Lo mismo ocurrió con Saint-Cyr. Sólo antipatía me ha demostrado, y ahora viene á interponerse entre mi padre y yo... Por eso había pedido que me hicieran subir... Mas, ya se abre la puerta : preparémonos á sostener el asalto... Ánimo, que es por Valentina. - La querida silueta pasó de nuevo ante su pensamiento; pero en el acto mismo fué exorcizada por un concierto de voces que decían, con el acento de aquella región: Buenas tardes, señor conde...; Sigue su salud tan buena como usted desea, señor conde? ... - Eran los cinco hijos de Mauchaussée, su madre, su abuela y su abuelo, guiados por el marqués para saludar á su hijo. Las miradas entre asustadas y alegres de los chicuelos y de las chicuelas, la cara intimidada y humilde de las dos mujeres, y la coloradota y jovial del empedernido borracho ilustraban cómicamente el discurso con que el señor de Claviers los presentaba á su futuro protector:

— ¿Los reconoces? decía el marqués. Los niños crecen. Nos empujan hacia la tumba, Mauchaussée; y á usted también, señora Martina. Pronto te empujarán también á ti, Landrí, aunque no tan pronto como á nosotros. Vaya, niños gritad: ¡Viva el señor conde!

- ¡Viva el señor conde! chillaron los cinco chicuelos.
 - ; Y viva el señor marqués! dijo Mauchaussée.

— Y después de aquellas aclamaciones, tan paradógicas en el año de 1906 como la existencia misma del señor de Claviers, el automóvil partió de nuevo. — Al castillo, había dicho el marqués á Augusto. Luego, tomando la mano de su hijo, y estrechándola entre las suyas:

— He ahí por qué no puedes efectuar el enlace de que me hablabas antes : por los Mauchaussée y sus semejantes — y son muchos — que viven de nosotros, de la casa de Claviers-Grandchamp. No puedes, supongo, contribuir á echar abajo nuestra casa. Quien derriba un tejado destruye todos los nidos de aquel tejado. Cuando se corta el tronco de uno de esos árboles, todas sus ramas mueren. Nuestra familia, ya te lo decía yo antes, es como la de Charlus : remontamos á 1060. Familias así, se cuentan. No querrás desmerecer de tu raza...

— ¿Es desmerecer, preguntó Landrí con impaciencia, el traerle á usted como nuera una mujer irreprochable, á la que amo profundamente y que me ama, bonita, fina, inteligente? Desmerece uno cuando obra contra la honra. ¿Es cometer una acción deshonrosa el casarse según su corazón, sin cálculos de dinero, sin ideas de ambición? ¿En qué sentido la viuda de Olier, al convertirse en condesa de Claviers, sería nociva á los Mauchaussée y á todas las obras caritativas tradicionales que constituyen una de las más hermosas particularidades de las grandes casas, y una razón de ser de la nobleza (en lo cual soy muy del parecer de usted), en qué sentido sería nociva dicha señora?...

- En que es la señora Olier, hija de un tal señor Barral, sin más, y que su hijo tiene tíos y tías Olier, primos Olier; y, ella, primos Barral, acaso hermanos y hermanas : todo un mundo. Ese mundo, al hacerla tu mujer, lo entroncas con el nuestro. Esa familia, la ligas con la nuestra. ¡La ligas! Medita esa palabra tan profunda, tan profunda como todas aquellas en que el lenguaje no hace sino traducir por instinto la experiencia de los siglos. Eso significa que entre los Olier, los Barral y los Claviers-Grandchamp instituyes una solidaridad, que todas esas existencias están asociadas... Sólo te haré una pregunta : vé á decirles á los Mauchaussée que el primo de la señora de Landrí de Claviers es tendero, por ejemplo, que es como uno de los parientes de ellos. ¿Crees tú que la señora de Landrí de Claviers tendrá para ellos el mismo prestigio? Y suponiendo que ningún Olier ni ningún Barral se hallen en ese caso, ¿ crees tú que nuestros parientes, los Candale, los Vardes, los Nançay, los Tillières en Francia y tantos otros, y los Ardrahan en Escocia, y los Gorka en Polonia, y los Steno en Italia, mirarán á tu mujer como si fuera una Charlus? De modo que quedaría quebrada la unidad de nuestra familia. Habrás disminuído la casa de Claviers sin haber faltado á la honra; muy bien. Pero no olvides que un apellido como el nuestro es la honra, con algo más.

— O menos, contestó Landrí. Sí, insistió el joven ante el asombro de su padre, menos la vida, la vida, á la cual todo el mundo tiene derecho, excepto nosotros. No tenemos derecho á la dicha individual, según acaba usted de declararme. No tenemos derecho á la acción común. ¡Cuánto trabajo no le ha costado á usted permitirme que siquiera entrara en el ejercito! ¿Qué nos queda que hacer? ¿Defender tumbas? Usted tiene fuerza suficiente para ello; yo, no.

Nunca había ido tan lejos Landrí respecto de sus secretos pensamientos. Habíale sido harto doloroso hallar en boca misma del marqués las mismas objeciones, casi las mismas palabras que en boca de Valentina, y había sentido su implacable y brutal verdad. El dolor había podido más. No bien hubo arrojado ese grito de rebelión, de nuevo acudió apasionadamente á su padre. Le cogió la mano diciéndole: Perdón, en tanto que el marqués le devolvía su caricia y le contestaba con voz alterada por la emoción, pero firme, viril; voz de un hombre que, llegado al ocaso de su vida, se afirma y afirma que no se ha equivocado en su fe:

— ¿Perdón, y por qué, pobre hijo mío? ¿ Por amar y por sentir una rebelión de todo tu ser ante un obstáculo en que tantos jóvenes de tu edad y aun de tu clase no verían hoy, como tú, sino un prejuicio? ¿ Por ser joven y tener necesidad de emplear útilmente tus energías, las cuales engañas jugando al soldado? Pues lo que hacéis no es más que un juego, bien lo sabes tú. Si mañana los que nos gobiernan te mandan que ejecutes una de sus infames tareas, que hagas derribar las puertas de una iglesia, ¿ qué harás tú?...

Al pronunciar estas palabras que atestiguaban por su adivinación inconsciente lo mucho que pensaba en su hijo, el marqués miraba su idea. No notó el estremecimiento del joven, quien estuvo á punto de arrojar una exclamación que habría delatado sus temores íntimos. Escuchaba á su padre seguir hablando, con interés tanto más poderoso cuanto que el señor de Claviers no tenía por costumbre disculir sus convicciones; las afirmaba por su sola presencia. Sin duda alguna, su ternura por Landrí le decía que aquel era un momento solemne, como esos que surgen de improviso, las más de las veces, en las relaciones entre padre é hijo, en que una frase mal comprendida puede dar motivo á rompimientos definitivos, á irreparables desgracias. Y, cual si hubiera querido justificar de antemano la severidad de su veto con argumentos irrefutables para el que resultara víctimá, se explicaba, se confesaba, ó más bien, pensaba en voz alta:

— Esas rebeliones, ¿ crees tú que no he pasado yo por ellas? ¿ Crees tú que, también yo, no me he preguntado, al hablarme mi padre como yo te hablo ahora, si no era un hombre de otro siglo, que desconocía su tiempo y que quería arrastrarme hacia los mismos errores? ¿ Crees tú que no he sido atraído por la acción, por todas las acciones : por la guerra, la diplomacia, la tribuna? ¿ Crees tú que no he oído, también yo, la voz tentadora murmurarme : « No se sirve al gobierno, se sirve á Francia? » ¡ Cuántos amigos míos han escuchado esa voz! No les censuro. Yo, no lo he podido, y no me

arrepiento. Escucha por qué. Lo que voy á decirte va á parecerte bien alejado del punto de partida de nuestra conversación; mas no lo pierdo de vista... - No, no he podido, porque al estudiarla, á esa Francia producto de la Revolución, he comprendido que le convenía emplear obreros muy distintos de lo que soy, en sus cancillerías, en sus cuarteles, en sus asambleas, y que éramos poquísimos en poder servirla fuera de esos sitios, Varias veces me has dicho que tengo un alma de emigrado. Es verdad. Pero, ¿quién ha salvado á Francia del desmembramiento, en 1815, sino los emigrados, y el primero de todos ellos, Luis XVIII? Si no hubiera habido emigrados, si el Rey, sostenido por aquel puñado de fieles, no se hubiera impuesto durante veinte años á los consejos de los coaligados, habría sido despedazada la patria. ¿Qué le habían conservado, á esa patria tan cruelmente hostil? - Un principio. ¿ Quién la medirá, la fuerza de los principios, de las verdades sociales mantenidas por un grupo de hombres, por uno solo á veces, si se llama el Rey?... Pues bien : la enfermedad de la Francia producto de la Revolución no radica en los hechos, no radica en los hombres. Radica en la carencia de principios ó en principios falsos, lo cual es peor. No la desconozco, á esa Francia. Ha trabajado mucho desde hace un siglo. Trabaja mucho. ¡ Y qué resistencia, qué buena voluntad, qué arranques! Bien, pues con todas esas condiciones, ve, ¿sí ó no, defraudadas todas sus esperanzas? ¿Sí ó no, ocupa este país, en Europa, un puesto inferior al que ocupaba en los días más críticos de la antigua monarquia? Y, no obstante, no es más viejo que Inglaterra, su gran rival de la edad media. ¿Ha adelantado en la paz social? Ha encontrado la estabilidad, que es la prueba de todas las doctrinas políticas, como la regularidad en las pulsaciones es la prueba de la higiene? Y es que la Revolución ha tratado de fundar la sociedad sobre el individuo, siendo así que la naturaleza quiere que se funde sobre la familia. Cuando comprendí yo esta gran ley, comprendí la nobleza. Comprendí que nuestros prejuicios eran verdades sociales profundas, elaboradas por esa experiencia secular que es la costumbre y transformadas en instinto. Verdad social profunda : para que haya crecimiento de la fuerza de un país es menester que los esfuerzos de las generaciones se sumen, considerándose los vivos como usufructuarios entre sus muertos y sus descendientes. ¡Pero esto trae consigo los mayorazgos y las sustituciones!... - Verdad social profunda: es menester que las familias arraiguen para durar, que dispongan de un territorio, que formen masa compacta con un suelo.; Pero esto trae consigo la finca patrimonial, que no se divide para no servendida!... Verdad social profunda: es preciso que haya medios (centros) para que haya costumbres, y no puede haber medios si no hay clases, y distintas. ¡Pero esto trae consigo las tres divisiones sociales !... Verdad social profunda: todo individuo no es sino la suma de los que le han precedido, es un momento de una raza. Al unirlo á otro individuo que se halle en un mismo grado de

desarrollo de su familia, hay probabilidades de que de esa unión salga un ser superior, hay probabilidades de fijar caracteres adquiridos. ¡Pero esto trae consigo la raza!... - Todas esas verdades, la antigua Francia las ponía en práctica, y las había encarnado en las casas solariegas. ¡Las casas solariegas! No bien hube comprendido su importancia, y que eran una realización de las leyes mismas de la familia, vi con claridad el papel del noble frente á la Revolución : principiar por mantener íntegra su Casa. Si todos hubiésemos obrado así, ¡ con qué reserva contaría Francia para la hora de la inevitable crisis! Muchos entre nosotros han cumplido con ese deber, cada cual según sus fuerzas, en provincia sobre todo y en esa robusta aristocracia rural de la que Francia podrá echar mano cuando sea necesario, como en 1871. Además, aunque los de mi especie pensaran de distinta manera, no por eso dejaría de estar persuadido de que mi deberes hacer lo que hago. Si no ha de querer ya nada con nosotros el país, acabemos siquiera noblemente. Muramos con decencia. Un aristócrata debe no dejar de serlo, ó morir. Yo he seguido siéndolo. La calamidad de los tiempos no me ha permitido añadir una página á la historia de los Claviers-Grandchamp, pero la he escrito, esa historia, y he conservado su puesto á nuestra casa... He salvado el esplendor del nombre como decían nuestros abuelos. ¿Qué puedo añadir, Landrí? Tu padre ha continuado á su padre, el cual había continuado al suyo. Todos te preguntan por mi voz : ¿ Vas á continuarnos ?

- Le venero á usted y le quiero, contestó el joven; - y era verdad que aquella profesión de fe, pronunciada por el anciano señor entre los árboles del dominio hereditario, adquiria extraña grandeza. A cien años de distancia, el Claviers-Grandchamp del ejército de Condé se pensaba en su nieto, con esa conciencia de sí mismo que es uno de los caracteres de los fines de raza. Parece como que, antes de desaparecer, las especies sociales, lo mismo que las especies animales, agotan su última savia en tipos más acabados y que resumen todos los demás. De nuevo comprendió Landrí la superioridad de aquel hombre que, por falta de medio favorable, había gastado su vida en un papel de figurante, y eso por motivos tan profundos, tan mezclados de purísimo idealismo. Era harto inteligente para no comprender el alcance de aquella elevada filosofía resumida por el señor de Claviers en su solemne discurso. A pesar suyo, cual le había ocurrido ya tantas veces, su espíritu se inclinaba hacia ideas que, no obstante, rehusaba aceptar. ¡En qué soledad habían aprisionado á su padre! También su corazón reaccionaba contra ellas; pensaba el joven que «las verdades sociales profundas », como había dicho el marqués, son las frías amigas de la edad madura. Un enamorado de menos de treinta años las sacrificará siempre á una mirada de dos hermosos ojos azules, á un reflejo de luz sobre cabellos muy rubios. Imágenes semejantes flotaban aún ante las miradas de Landrí, dándole fuerza para objetar á su padre :

- Sin embargo, en esa antigua Francia que usted

pretende continuar, las clases se penetraban, y precisamente por el matrimonio. La hija de Colbert fué duquesa; la hija del señor de Mesmes, duquesa; la hija de Gil Ruellan, duquesa. Sin embargo, el padre de Colbert era pañero, el padre del señor de Mesmes, un campesino de Mont-de-Marsán. Gil Ruellan había sido carretero.

Exactísimo, contestó el marqués. Y añadió: Pero, entonces, Francia estaba sana; nadie ni nada atacaba las casas solariegas. Las grandes verdades sociales únicamente representadas hoy por la existencia de dichas casas, no necesitaban ser defendidas integralmente. Una casta amenazada es como una ciudad sitiada: tiene que cerrarse. No hay la suficiente intransigencia en nuestro tiempo, aun en nuestro mundo, para que renuncie yo á la mía. Nada he admirado tanto, en mi juventud, como el gesto del conde de Chambord viniendo con su bandera blanca. Ahora bien, ¿cuántos, aun entre los nuestros, han comprendido ese gesto? No, Landrí, no hay que transigir en la defensa de un principio vencido; jamás lo defenderemos demasiado...

— De modo que, preguntó el joven con un temblor nervioso, si vengo un día á pedirle su consentimiento...

— ¿Para casarte con la viuda de Olier? Rehusaré.

—¿Y si pasara yo adelante? se atrevió á decir.

— No pasarás adelante... Ella, óyeme bien, ella es la que no te lo permitiría... Te conozco, Landrí mío, prosiguió el padre, con una ternura en su voz que contrastaba extrañamente con la evidente inflexibilidad de su decisión. Para que ames de tal manera á esa mujer, es preciso que sea muy pura y muy delicada. Ella es la que ha querido que me hables antes de darte una contestación definitiva. ¿ Es cierto? Esa mujer, jamás querrá que te cases con ella contra la voluntad declarada de tu padre. Te repito que, de no tener semejante altura en su manera de pensar, no la amarías tú...

- Y si así fuera, ¿no se enternecería usted?...

- No se trata de mis emociones ni de las tuyas, hijo mío : se trata de nuestro apellido. No sólo hay el heroísmo militar, hay también el heroismo familial. Como soldado que eres, te parecería muy natural sacrificar tu vida: á un hombre que lleva cierto apellido debe de parecerle natural el sacrificar su felicidad. Pero, en realidad, ¿se trata de eso? Padeces una crisis, que pasará... En todo caso, prosiguió el marqués en tono de afectuosa jovialidad, en todo caso no me has pedido mi consentimiento, y, por consiguiente, no te lo he rehusado. Hemos hablado de proyectos, probabilidades, hipótesis... Nada más. De todas maneras, sé amable esta noche para con María de Charlus. No le guardes demasiado rencor por haberte distinguido, como tan bonitamente decían nuestras abuelas... Y, ahora, gocemos de lo que la mía nos ha dejado. Ya estamos fuera de la selva; en el parque. Si la valerosa mujer no se hubiese quedado aquí, durante el Terror, todo habría sido talado, robado, quemado. Nunca regreso á Grandchamp sin dedicarle un pensamiento.

Se calló, y sus obscuros ojos azules se llenaron de piadosas ideas al mirar el castillo, allá, sobria y grandiosa construcción de ladrillos y de piedras, una de las obras maestras de los comienzos de Mansart. En el siglo xvm, un Claviers-Grandchamp, á quien un primo había legado, por agradecimiento por un favor importante, una fortuna ganada en la Compañía de Indias, amuebló con mobiliario nuevo todo el interior, sin tocar á la fachada. Por delante se extendía un inmenso jardín á la francesa. Doce jardineros eran necesarios para cuidar de aquella maravilla, con sus estanques, sus estatuas de piedra, sus grupos de bronce... Con tan puro final de día, el jardín resultaba preciosísimo. Tenía, como los de Versalles y de todo nuestro siglo xvII, esa fisonomía de una naturaleza á la vez respetada en su fuerza, y regulada, razonada, armonizada en sus expansiones. Aquello representaba realmente « el orden » perceptible, el de la sociedad de entonces, de donde procedían los Claviers-Grandchamp. Los árboles vigorosos, pero podados y recortados, sometían sus brotes á una disciplina. Al salir de aquella conversación, la sensibilidad herida de Landrí halló un símbolo de su destino en los aspectos de aquel jardín. También él, semejante á aquellos árboles, era testigo de una disciplina. Tampoco él podía desarrollarse libremente. Jamás se casaría con Valentina: harta razón tenía el marqués : no entraría ella en una familia noble sin consentimiento del jefe. La alusión delicada por el perspicaz é implacable marqués á las eventualidades de su carrera militar acababan de helarle el corazón. ¿ Qué iba á hacer, en una y otra circunstancia? El árbol que echa sus ramas fuera de la línea impuesta por el jardinero destruye el hermoso conjunto, y él mismo, nunca llegará á desarrollarse por completo; conserva rastros de la podadera que recortó sus ramas. En armonía con los demás, semejantes rastros habrían constituido una belleza; aislado, esos tajos son una mutilación. Tal es la suerte del miembro de una casta que se desprende de ésta y pretende vivir para sí. Pero, nobleza, casas solariegas, casta, bodijo, ¿ no eran, todas esas ideas, una fantasmagoría, una superstición, restos quiméricos de una realidad abolida, un anacronismo insensato en la Francia actual?... Lejos de su padre, el joven habría contestado : Sí. No lo podía ahora, en aquel coche en que oía moverse, respirar aquel hombre tan lleno de vida y que comunicaba á sus creencias aquella intensa llama de su vida personal, que las animaba. La sugestión de la presencia paterna obraba de nuevo sobre Landrí, con tal fuerza que ni siquiera podía él declarar errada aquella voluntad, contra la cual se rebelaría mañana, pero desde lejos. Cayó en una melancolía que acabó por notar el marqués. Con su carácter entero, el « Emigrado » era en todo digno de pronunciar el verso de don Diego, feroz y sublime de valerosa virilidad : Honra, no hay más que una; amantes, hay muchas.

Casi lo había pronunciado el marqués al calificar de crisis pasajera el amor de su hijo; en cambio, había piedad y ternura en el tono de voz con que de nuevo comenzó á hablarle á su hijo para sustraerlo á sus pensamientos.

- ¿Te figuras la existencia de aquella mujer, aquí, bajo el Terror? No ignoras que una denuncia contra ella fué causa de que el bandido Roland propusiera, en noviembre del 92, al comité de legislación, el suspender para con las mujeres de los emigrados los efectos del decreto de 20 de septiembre... Sin el procurador-síndico de Thury, antiguo jardinero de nuestra familia, á pesar de estar legalmente divorciada la habrían despojado de todo, quitándole, además, la vida. Nunca cesó de corresponder con su marido. Dos veces fué á verle y tres veces lo recibió aquí. Se estremece uno al pensar en semejantes entrevistas. ¡Pero qué valor! ¡Qué heroísmo, para repetir mi palabra! En nosotros pensaba; quería defender la herencia, la casa. Hubiera podido, con sus joyas, pasar aquellos años en Alemania ó en Inglaterra, feliz; lejos de eso, falleció, estropeada por tantos padecimientos, en 1804... Por veneración por su memoria, nunca permitió mi abuelo que se alterara én lo más mínimo el interior del castillo; ni mi padre, ni yo. Nada, nada, nada... Cuando ya no exista yo, te permito que hagas instalar el teléfono, tú que eres más up to date que tu viejo padre, concluyó, riéndose, el marqués. - Al cabo de breve momento siguió diciendo : ¡Vaya! otra vez el simpático Bressieu conspirando con Chaffin; sin duda sueña con otros cambios más serios que la instalación de un teléfono; de modo que, después, viene el señor Chaffin á machacarme los

sesos con modificaciones pueriles sugeridas por Bressieu. Nada, nada, nada... No cambiaré nada. No sé dónde he leído esta frase, que creo que es de un poeta inglés : « La sirena ama el mar, y yo amo el pasado...» ¡ Vamos, Bressieu, gritó el marqués con su poderosa voz sonora, por la ventana del automóvil, muy cerca ya de la gradería de la entrada, no acabe de estropearme á Chaffin. Acabará por no querer vivir en Grandchamp, por parecerle harto anticuado!...

Luis de Bressieu estaba, en efecto, en un ángulo del castillo, examinando - por lo menos, así parecía — el detalle de una de las ventanas de la planta baja. No se había quitado aún su traje de caza, y la visera de su gorra de terciopelo ocultaba sus ojos. À su lado había un personaje de corta estatura, achaparrado, de pelo y barba antiguamente rojos. hoy entrecanos; uno de esos hombres que, porque tienen una fisonomía áspera, se cree que son francotes y llanos. Las pupilas relucientes de éste, impenetrables y móviles, anunciaban que ocultaba muchas complicaciones detrás de la ruda campechanería de sus modales. Era el antiguo avo de Landrí, ascendido desde hacía doce años á aquella categoría de factótum, que por cierto no debía de ser una canonjía, con las cuantiosas rentas del marqués de Claviers, y sus gastos, mucho más cuantiosos aún... Ya hemos visto que el marqués lo llamaba: mi buen Chaffin, como decía: mi buen Jaubourg, y también : el simpático Bressieu. Un profundo conocedor de la naturaleza humana ha dicho que : quien no se resigna á ser engañado, jamás será magnánimo, y aquel generoso marqués de Claviers-Grandchamp era verdaderamente magnánimo. ¡Cuál no hubiera sido su asombro si, en el momento en que interpelaba á Bressieu, una de esas máquinas modernas, objetos de su aversión medio sincera y medio fingida, hubiese podido recoger y transmitirle la conversación que su repentina llegada acababa de interrumpir!

— Es preciso que el asunto quede ultimado dentro de diez días, á más tardar, decía Bressieu. Los dos comerciantes norteamericanos se marchan el 8 de diciembre; los conozco y sé que no retrasarán su viaje. Quieren llevarse las tapicerías, y si ven irresolución, renunciarán... Los demás tratantes no pueden reunir toda la suma; en cuyo caso se efectuaría la venta pública, con sus albures. Como se sabrá que el marqués está necesitado de dinero, no reunirán ustedes esos cuatro millones. Lo que le digo á usted es en interés de él...

— Sólo en su interés pienso yo también, contestaba Chaffin. ¿ Cuatro millones? Se pagarían las deudas, las más importantes, y quizá se decidiera á reducir sus gastos. Pero no me permite que le hable de eso; ni siquiera me he atrevido á enseñarle los apremios de la semana pasada. No quiere reconocer, cosa que no ignora, sin embargo, que está arruinado... ¡ Yo que sé cuánto cariño le tiene á todo este castillo, pues no permitiría que se vendiese ni una taza, iba yo á ofrecerle liquidarlo todo de un golpe: tapicerías, muebles, retratos!...

- En una palabra: ¿si ó no está reducido á vender?

- Sí.

— ¿Tiene algún medio de sustraerse á esa dura necesidad?

- Ninguno; á no ser que del cielo le caigan millones.

- Ó que un amigo, Jaubourg, por ejemplo, le

deje su fortuna... insinuó Bressieu.

- La dejaría más bien al señor conde Landrí, el cual no la aceptaría, dijo vivamente Chaffin. - Y repuso, al cabo de un silencio durante el cual los dos compadres evitaron mirarse, cual individuos que saben una cosa, que saben que la saben y que no quieren convenir en ello : Bien; pues obraré por medio del conde Landrí. Le debo el avisarle, á él también, para que su fortuna no se hunda en la sima. Le diré la verdad, y que esa oferta de una compra en montón de todos los tesoros del castillo es una suerte inesperada, el único medio de ganar tiempo. Basta con que anule la procuración general dada por él á su padre, y que pida sus capitales. El señor marqués no puede devolverlos; entonces, para no verse humillado ante su hijo, cederá... Pero oigo su voz. Esta noche misma le hablaré á Landrí, y en seguida le contestaré á usted.

Y ambos se adelantaron hacia el automóvil, del que bajaban el marqués y su hijo. Ninguna palabra habían pronunciado los cómplices que los pusiera á merced uno de otro, y, no obstante, la verdadera « miga » de su reciente conversación era uno de esos golpes siniestros de mano negra como los que el comercio internacional de curiosidades ha dado,

en estos últimos años, en Francia y fuera de ella, contra importantes restos de fortunas históricas. El « buen Chaffin » era sencillamente un administrador infiel que, por espacio de diez ó doce años, había abusado anchamente de las prodigalidades del gran señor, y se disponía á tomar su retiro después de cobrar un importante tanto por ciento sobre una suma ofrecida por un sindicato de comerciantes en curiosidades, á cambio de los tesoros conservados intactos en Grandchamp por el heroísmo de la abuela. En cuanto á Luis de Bressieu, había olfateado las negociaciones del poco escrupuloso servidor con los compradores, y había conseguido asegurarse un corretaje, interesando en el negocio á los dos más célebres anticuarios de la América del Norte. Era muy cierto que semejante liquidación, efectuada en aquel momento, podía salvar el resto de la fortuna, y este pretexto cubría oficialmente la villanía de un tráfico que los dos operarios de aquella sucia intriga negociaban sabiamente, á espaldas del supuesto beneficiario de tal operación. Aquel silencio los juzgaba. Tal es el prestigio soberano de cierta calidad de hombre, que el amigo aprovechador y eladministrador desleal se sintieron cortados, uno respecto de otro, por obscuro remordimiento, al decirles el marqués con su simpática risa, tan franca:

— En vano trata usted de engatusarme á Chaffin, Bressieu. Mientras yo viva, á nada se tocará en el castillo; y, después de mi muerte, espero que tampoco, añadió apoyándose en el hombro de su hijo.